

F. Scott Fitzgerald:

Cronista y personaje

Beatriz Espejo

Hay autores cuya obra se confunde con su vida de una manera irresoluble. El caso del escritor norteamericano F. Scott Fitzgerald es un ejemplo arquetípico. Beatriz Espejo nos presenta en este ensayo un retrato entrañable del autor de El gran Gatsby y la atmósfera donde se forjó la obra de uno de los escritores más influyentes de la llamada “generación perdida” norteamericana.

Zelda Sayre pensaba que Ernest Hemingway y Scott Fitzgerald eran amantes. Me parece una sospecha malvada de quien quiere molestar o no entiende las afinidades que se dan entre dos escritores jóvenes y dotados que de alguna manera —mientras evolucionaban cada uno por su lado— se revelaban confidencias, leían sus respectivos manuscritos, hacían críticas temiendo que su vieja y golpeada amistad no sobreviviera, y se admiraban mutuamente luchando por prestigiarse. No existe en ninguna de sus obras una sola línea que justifique esa aseveración ni tampoco en su comportamiento anterior o posterior a la sospecha. Pertenecían a un grupo. Se juntaban en el estudio lleno de cuadros del número 27 de la calle Fleurus donde Gertrude Stein ejerció durante casi cincuenta años, poco después de haberse instalado en París hacia 1903, una especie de dictadura emitiendo juicios mientras ofrecía buena comida, buena bebida y una chimenea cómoda contra el frío en una corte formada por ella, su hermano Léo y su inseparable amiga *miss* Alice B. Toklas. Por allí pasaron Pound, cargando una exquisita bondad, dueño de su voz admonitoria; Hemingway, Fitzgerald y varios otros a quienes

precisamente Gertrude bautizó como “generación perdida” porque consideraba que empezaban a emborracharse y acababan no sirviendo para nada. Si los autores que la visitaban tenían pareja y se les ocurría llegar acompañados, se dedicaba a conversar con ellos y *miss* Alice tomaba la tarea de entretener a las esposas. La verdad es que los autores escribían obras capaces de reflejar una época respondiendo a experiencias profundamente conocidas, es decir, que muchas veces aprovechaban sus autobiografías y las modificaban conforme lo exigían sus textos. Luego sometían todo a un proceso artesanal para que aquellos trabajos causaran efectos y tuvieran varias lecturas subterráneas.

Los Stein recibieron también a diferentes artistas plásticos. Impulsaron a Cézanne y poco después a Matisse, cuyas ventas subieron como tocados por encantamientos. Según surgían, siguieron Juan Gris, Picabia, Braque y Pablo Picasso, autor de un célebre retrato por el que recordamos a Gertrude y su apabullante personalidad lésbica. Los precios alcanzaron grandes sumas junto con las colecciones familiares expuestas en Nueva York durante los primeros años setenta. Ciento vein-

tiocho obras maestras pueden darnos idea de la importancia que representó para la prosperidad y fama de los creadores unirse al círculo que podía entender su nuevo lenguaje. La promotora principal, además de contar con un fuerte respaldo económico, ansiaba consolidarse como escritora en una especie de cubismo literario buscando caminos intransitados. Finalmente, las innovaciones soliviantaron la gran narrativa anglosajona del siglo XX y los nombres de Joyce, Hemingway, Dos Passos, Faulkner. Sin embargo, salvo “Melanctha” (1909), con su melancolía inconsolable y curiosos efectos causados por repeticiones sabiamente utilizadas, Gertrude no produjo textos memorables y su extensa novela *Ser norteamericanos*, hecha a base de ese mismo estilo repetitivo con ritmos dictados por el subconsciente y llevados hasta el cansancio, es un mamotreto imposible de leer.

Francis Scott Fitzgerald nació en St. Paul, Minnesota, el 24 de septiembre de 1896. Decía que en él coexistían dos raíces: el sentimentalismo irlandés y el empeño irredento por alcanzar poder, característico del Middle West americano. Estudió en la academia de su ciudad, en la Newman School y luego en la Universidad de Princeton, donde lo consideraban agudo, divertido y talentoso y escribía para publicaciones literarias y humorísticas y componía comedias musicales ofrecidas por el Triangle Club; pero no terminó su carrera porque fue llamado a filas durante la Primera Guerra Mundial como teniente de infantería y ayuda de campo del general John A. Ryan, aunque nunca combatió en el frente. Después de dieciocho meses adiestrándose, cuando llegó al puerto de embarco cargando máscara de gas, casco de acero y raciones de lata, los alemanes se rindieron y volvió sin haber disparado un tiro. A propósito de eso dijo: “Desde entonces siempre sufrí neurosis de no combatiente, bajo la forma de feroces pesadillas”.¹

El ambiente le hizo pensar que surgía una manera diferente de vivir como consecuencia de los acontecimientos históricos, no obstante una aparente prosperidad. Para olvidar los horrores de la guerra había miedo a los comunistas, irreverencia juvenil al son de los contrapuntos del jazz y una especie de alegría desenfrenada. Sin pensarlo mucho, se dejó fascinar por las fiestas, la disipación, los coches convertibles y el charleston. Le atraían mujeres rubias y maquilladas que gravitaban entre la astucia y el fastidio. Esas debutantes caprichosas e inteligentes poblaron sus primeras obras. Se hizo publicista y, nueve meses después, escritor para siempre. El éxito de su primera novela *De este lado del paraíso* (1920), escrita en sesenta días y luego de una monumen-

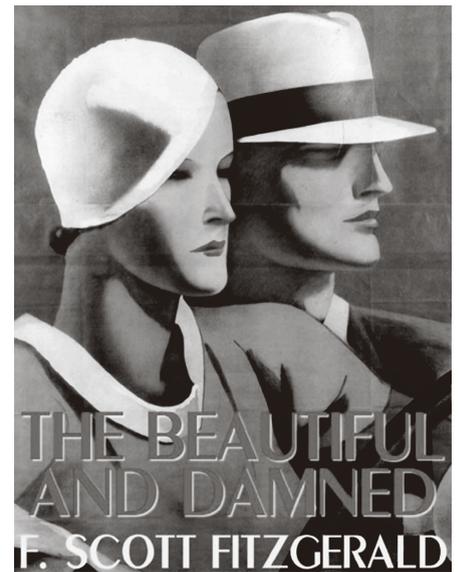
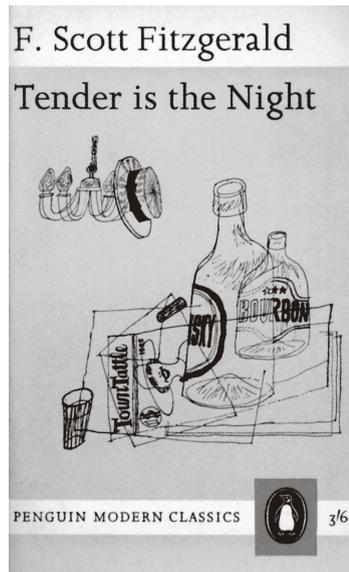
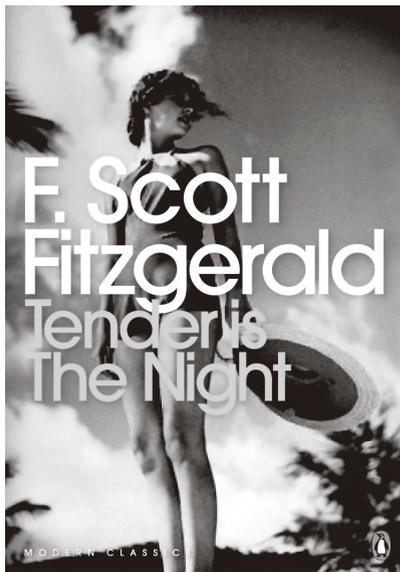
tal juerga de tres semanas, le valió doce mil dólares de beneficios y reconocimientos inmediatos a los veinticuatro años de edad. En una entrevista declaró que había hecho el esfuerzo considerando la disciplina como el mejor sucedáneo de la disipación. Las regalías obtenidas eran muy considerables. Le permitieron casarse con Zelda, conocida en un baile dos años antes y quien por entonces también era escritora y cabal representante de su tiempo, hija del juez de la Suprema Corte de Alabama. Tuvieron una niña, Scottie. Sus amigos le habían advertido anteriormente sobre la peligrosa decisión; pero existen varios testimonios y una carta dirigida a una amiga de la universidad donde justifica sus motivos:

Ninguna personalidad tan fuerte como la de Zelda podría pasar sin recibir críticas y, como dices, ella no está por encima de los reproches. Siempre supe eso. Ninguna joven que se irrita en público, que disfruta francamente el contar historias chocantes, que fuma constantemente y que manifiesta que ha besado a miles de hombres y se propone besar a miles más puede considerarse más allá del reproche, aun cuando esté por encima. Pero Isabelle,



F. Scott Fitzgerald

¹ Francis Scott Fitzgerald, *Cartas*, selección y traducción de Gerardo Gambolini, editora Beatriz Viterbo, Colección Vidas Imaginarias. Estas noticias fueron enviadas desde Culver City a Charles Post que preparaba un artículo sobre Scott para el Novel Club de Cleveland, p. 110, 30 de noviembre de 1937.



yo me enamoré de su valentía, su sinceridad y su apasionado autorrespeto y son ésas las cosas que creería aun si el mundo entero prefiriera recelar que ella no es lo que debiera ser.

Aunque por supuesto, la verdadera razón, Isabelle, es que la amo y ése es el principio y el fin de todo. Tú sigues siendo católica; pero Zelda es el único Dios que me queda.²

Los críticos comentan el estilo descuidado y hasta la mala puntuación y ortografía de las misivas enviadas por Fitzgerald, misivas que al final de su vida resultaban incluso incoherentes; sin embargo, el párrafo esclarece su ciego enamoramiento que terminó en desastre por el daño que se hicieron a pesar de sus fuertes lazos. Llegaron los conflictos. Jamás pensaron que iban a lastimarse uno al otro. El único dios que a él le quedaba tuvo cuarteaduras. Había recriminaciones por lo mala ama de casa que ella era para dirigir al servicio y conservar los departamentos limpios. Además surgían reclamos sobre su incapacidad de sacarle provecho a sus talentos, sus amoríos extramatrimoniales incluso con mujeres, su obsesión hacia el ballet que volvía las conversaciones monotemáticas, sus intentos de suicidio y, claro, a su marido se le presentaban conflictos para trabajar. Y en medio de todo mantenían recuerdos sobre la emoción que les causaba Nueva York, los *lobbies* de hoteles cargados de pieles, el brillo del sol en las ventanas, el polvo urticante de fines de primavera, la opulencia de numerosos amigos, los cocteles de ajeno, las visitas a las oficinas de *Vanity Fair*, a los paradores donde compraban ginebra alegremente, la natación, el tenis, la música de piano, los baños en las fuentes perfumadas con sándalo, los paseos eufóricos, la ropa glamourosa, la excursión al África, las playas de la Costa Azul, la inaudita y lujosa

belleza de Capri. También la tristeza por la felicidad perdida, el desencanto, el malhumor, las depresiones, las peleas que empezaron durante los cinco años pasados en Europa y el resentimiento por el contraste con la admiración que despertaban y la posterior indiferencia.

A pesar de las grandes cantidades recibidas, Scott mantenía una curiosa relación con el dinero. Lo mismo que a sus protagonistas, gastadores obsesivos, se le apoderó un ansia de dilapidar para competir con grandes fortunas. Alguna vez dijo que sus estancias europeas le costaban a razón de cuarenta mil dólares al año. En repetidos y largos viajes, paseó sus borracheras por la Riviera y encontró amistades en figuras importantes de la alta sociedad. Algunos críticos han creído que quizás el deseo de vivir como millonario contribuyó a la locura final de Zelda. Cosa muy discutible si atendemos el testimonio de Hemingway —quien los trató algunos años en persona y por correspondencia—, convencido de que estaba celosa del éxito de su compañero e intentaba impedirlo obligándolo a divertirse yendo de un lado a otro. La cosa debió impresionarlo al punto de que después le dio tema para la novela *De este lado del paraíso*. Ella se defendía con otro punto de vista: “Me dejabas más y más sola, y aunque le echabas la culpa al departamento o a los sirvientes o a mí, sabes que la verdadera razón por la que no podías trabajar era porque salías todas las noches y estabas enfermo y tomabas constantemente”.³

Hemingway, cuya amistad duró tal vez hasta 1935, contó además un par de anécdotas inquietantes. La primera se regodea en un viaje a Lyon cuando acompañó a Scott para recoger un cochecito sin capota con el propósito de regresarlo a París. Se detuvieron en el camino varias veces por las lluvias primaverales y Scott se aterrorizó pensando que había pescado neumonía. Per-

² Francis Scott Fitzgerald, *op. cit.*, p.18. Cottage Club, Princeton, 28 de febrero de 1920.

³ Francis Scott Fitzgerald, *op. cit.*, p. 75. Clínica Prangins, Nyon, Suiza, otoño de 1930.

dió toda compostura al grado de aceptar lo que marcaba el único, kilométrico, termómetro de madera que había en el hotel y medía la temperatura del baño. La segunda es terriblemente indiscreta. Revela a una Zelda cruel. Le dijo que estaba malformado anatómicamente para proporcionarle placer. Cosa que aniquiló al agraviado y ameritó largas explicaciones y una excursión al Louvre para contemplar estatuas griegas y establecer comparaciones.

Hemingway y Fitzgerald se conocieron cuando éste entró al bar Dingo de la calle Pelambre acompañado por Dunc Chaplin, lanzador de *baseball* en la Universidad de Princeton. Y Ernest lo retrató recordando sus primeras impresiones:

Scott era ya entonces un hombre pero parecía un muchacho, y su cara de muchacho no se sabía si iba para guapa o se quedaba en graciosa. Tenía un pelo ondulado muy rubio, frente muy alta, ojos exaltados y cordiales y una delicada boca irlandesa de larga línea de labios, que en una muchacha hubiera representado la boca de una gran belleza. Tenía una firme barbilla y perfectas facciones, y una nariz que nunca fue torcida. Desde luego que no se puede tener todo esto y no ser hermoso, pero él lo era gracias al color del cutis, al pelo muy rubio y a la boca.⁴

Añadió que su traje procedía de Brooks Brothers y su corbata regimiento de los Guardias Reales había sido comprada en Italia. Pocos escritores como Fitzgerald le daban tanta importancia a los detalles del vestido descritos en múltiples párrafos para completar la imagen de sus personajes masculinos o femeninos. Por ejemplo:

...se había impulsado a ir hacia allí, a quedarse allí de pie, con el puño de la camisa correspondiendo exactamente a su muñeca y la manga de su chaqueta obedeciendo a las necesidades de la camisa, su cuello perfectamente encajado en el de la camisa, su cabello rojo con el corte adecuado y sosteniendo en la mano su pequeño pañuelo como cualquier otro *dandy*...⁵

De cualquier modo, sus desdichas conyugales no le impidieron sacar cuatro volúmenes de narraciones, *Flappers y filósofos* (1920), *Cuentos de la era del jazz* (1922), *Todos los hombres tristes* (1926), y luego *Taps en Reveille* (1935). Las historias eran aceptadas por *Saturday Evening Post*, *American Mercury*, *Harpers* y otras publicaciones donde las enviaba. Aparte escribió una novela, *Los malditos y los bellos* (1922). A ésta siguieron otras dos de gran importancia: *El gran Gatsby* (1925), saludada

por T.S. Eliot como el primer paso dado por la novelística norteamericana desde Henry James, y *Tierna es la noche* (1934), basada en experiencias personales disimuladas en un psicoanalista, Dick Driver, conformado con muchos rasgos propios. Fiel a determinados propósitos de su generación, puso en él sus apetencias, su generosidad, su dispendio, el encanto poco común que emanaba y su lenta desdicha que precipitó hacia el desastre por estar casado con una mujer diagnosticada como esquizofrénica, aunque dedicó la novela a Gerald y Sara Murphy, que gracias a él hicieron carrera en el cine, y se afirma que los tomó parcialmente de modelos; pero confesó sin dejar lugar a dudas: “La mayor parte de lo que me ha pasado está en mis novelas y mis cuentos, es decir, todas las partes que pueden ir a imprenta”.⁶ No resulta raro pues que en *Tierna es la noche* dedicara un pasaje completo, muy bien ensamblado por cierto, al incidente que tuvo en el otoño de 1924 cuando fue encarcelado en Roma por una pelea de borrachos.

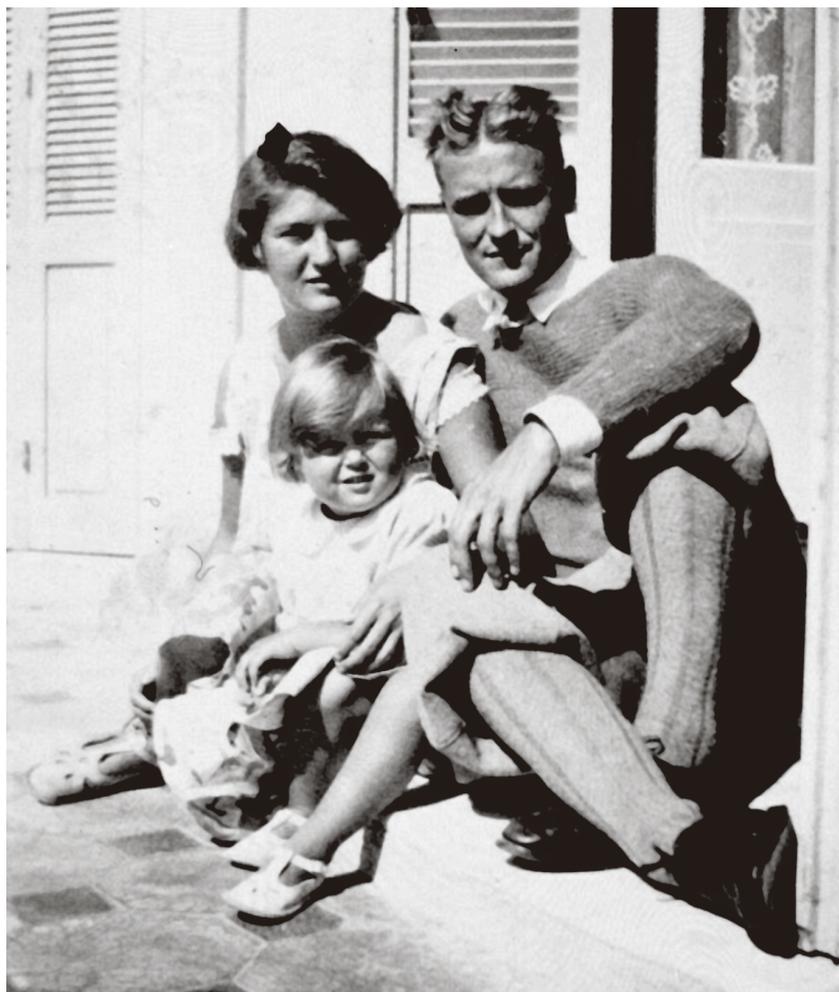
⁶ Francis Scott Fitzgerald, *Cartas*, p. 111. Culver City, California, 30 de noviembre de 1937.



F. Scott Fitzgerald y Zelda Sayre

⁴ Ernest Hemingway, *París era una fiesta*, Seix Barral, Barcelona, 1964, p. 142.

⁵ Francis Scott Fitzgerald, *Suave es la noche*, Plaza y Janés, Barcelona, 1978, p. 165.



F. Scott Fitzgerald, Zelda y Scottie

Entre sucesivos subtemas, planteó la convicción de que cada persona es una isla y nadie puede salvar a otro por mucho que lo ame sin correr graves riesgos; además, aborda la convicción de que flota una anodina sordidez detrás de la riqueza fácil. Sin embargo, las preocupaciones sustentadas por este texto, igual que en *Gatsby*, son aquéllas de las que Fitzgerald nunca escapó y configuran lo mejor de su literatura, el amor joven, el éxito como puerta del placer, el fracaso como anticipo de la muerte, la fidelidad ciega a una ilusión, la complejidad del matrimonio en que frecuentemente llegan los engaños, la ruptura y la desgracia. Escribió para teatro *El vegetal* (1923). Supuso esta comedia terriblemente divertida y destinada a volverlo rico para siempre, interpretada por Ernest Truex en Atlantic, pero fracasó el mismo día del estreno.

Escribió también artículos y muchos cuentos. Ciento sesenta y cuatro llegaron a periódicos y revistas. Debemos recordar que en 1919, mientras esperaba que apareciera su primera novela, trataba infructuosamente de venderlos. Los rechazaron en su mayoría antes de hacerse una reputación, hasta que tuvieron acogida en el *Smart Set* bajo la dirección de Henry Louis Mencken, que refugiaba a los intelectuales críticos del momento. “El niño rico”, excelente, salió en *Redbook Magazine*. Al fin ganó con ellos un total de ciento seis mil quinientos

ochenta y cinco dólares, suficiente cantidad para las necesidades de cualquiera pero, como sabemos, Fitzgerald tenía dotes fabulosos para dilapidar cifras astronómicas. Paradójicamente, llevaba un enorme libro de contabilidad con la lista de sus relatos publicados, año tras año, anotando lo que le pagaron por cada uno, más los derechos de la primera adaptación cinematográfica de *Gatsby*.

Las vidas en la mayoría de los hombres tienen un periodo heroico y agradable y aquél era todavía el suyo. Sin embargo, sus páginas revelan esa esclavitud al despilfarro en ocurrencias algo tontas como alquilar, para sorprender a sus huéspedes, el automóvil que había comprado el Sha de Persia, con rines y carburador de plata pura, tapetes de marta y sillones de piel tachonados por piedras preciosas. En aras de su curiosa contabilidad, redactaba una versión seria de sus relatos y después los transformaba para que se los aceptaran fácilmente con el propósito de ofrecer cenas o permitirse algún otro capricho. Así, gran cantidad de páginas fueron hechas para venderlas pensando en un público clase media al que no le interesaba complicarse demasiado. Esos deseos de complacer acabaron por perjudicar su destreza y los entendidos dejaron de considerarlo un autor serio. Sus personajes eran los mismos, las jovencitas de pelo dorado esperando en coches deportivos, el muchacho sin fortuna víctima del convencionalismo a quien dejan fuera de las reuniones, el ex héroe de guerra ebrio en las calles de Nueva York. Alargaba el planteamiento distrayéndose en antecedentes y explicaciones antes de entrar a la trama. No desdeñaba usar más adjetivos de la cuenta aumentando el número de palabras; pero si por un lado daba gato por liebre, por otro no perdía su aguda perspicacia psicológica y se postulaba para el puesto de mejor escritor de segunda línea: “Yo no quiero ser tan inteligente para mis contemporáneos como Ernest quien, como dijo Gertrude Stein, está destinado a los museos. Estoy seguro de encontrarme situado más adelante y de lograr una pequeña inmortalidad, si me mantengo bien”.⁷

Zelda, aparte de representar a la mujer moderna en gestación, tenía sin duda muchas habilidades: bailaba, pintaba y expuso sus cuadros en 1934 y cuando estaba recluida en la clínica psiquiátrica del Johns Hopkins University Hospital en Baltimore, escribió una novela: *Save Me the Waltz* (1932), hoy casi olvidada. Una carta suya dirigida a su marido contiene bellas descripciones de la ciudad que los dos amaban y habían disfrutado juntos:

¿Te divertiste en París? ¿A quién viste? ¿La Madeleine estaba rosa a las cinco en punto y las fuentes se fundían con

⁷ Francis Scott Fitzgerald, *Historias de Pat Hobby*, traducción de Mariano Antolín Rato, Anagrama, Colección Compactos Anagrama, Barcelona, 1993, p. 8.

suave delicadeza en el marco del cielo de la Place de la Concorde? ¿Y se escurría el azul desde atrás de las Colonnades de la Rue Rivoli entre las rejas de las Tuilleries y estaba gris y metálico el Louvre bajo el sol y los árboles se inclinaban cobijando los cafés y había luces a la noche y el golpeteo de los platillos y las bocinas de los autos que tocan Debussy...⁸

Esta fina percepción de las cosas, junto con sus quejas epistolares y sus estados de ánimo oscilantes no le sirvieron para formarse una disciplina y alcanzar la madurez artística. El convocado desastre le trajo su crisis psicológica que en estado catatónico la internó en diferentes sanatorios de Suiza y de los Estados Unidos diagnosticada como esquizofrénica. Para colmo las enfermedades aparentemente imaginarias de Fitzgerald, las menciones de constantes malestares, desánimos, inapetencias y sudores desembocaron en tuberculosis agravada por la muerte de su madre. Comentó:

Mamá no supo que se estaba muriendo y no sufrió.

Una cosa muy llamativa en la muerte de los padres es no lo poco sino lo mucho que te afecta. Cuando tu padre o tu madre han estado morosamente parados en el borde de la vida, cuando se van, incluso si hace mucho que no dependes en nada de ellos, tienes la sensación de ser abandonado.⁹

Esta pérdida, aunada a la de su padre quien murió cinco años atrás, ahondó su desorientación. Ya se hablaba de llevar al cine *Tierna es la noche* y Fitzgerald pensaba regresar por tercera vez a Hollywood como guio-

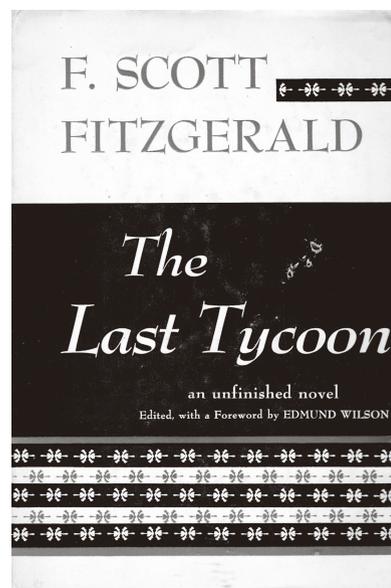
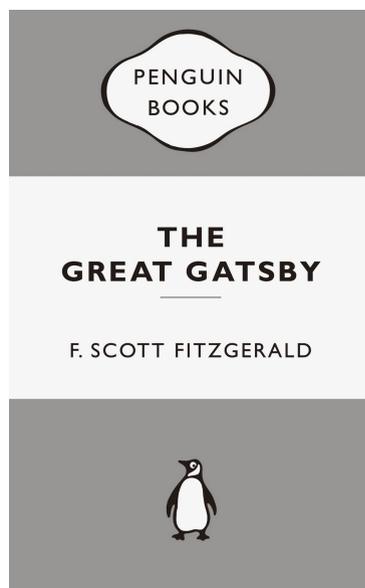
nista porque sus cuentos habían bajado de precio y la venta de libros andaba mal. Entonces aceptó escribir en una temporada depresiva, los fines de semana, dieciocho relatos para la revista *Esquire* que conservan una unidad temática y giran sobre el mismo personaje. Finalmente, se reunieron en 1962, titulados *Historias de Pat Hobby*, y tratan sobre un guionista que tuvo éxito —lo mismo que Scott con sus novelas— en tiempos del cine mudo y que al finalizar los años treinta se vuelve una sombra borrosa que recorre los estudios de la Metro en busca de trabajo y ganando doscientos cincuenta dólares semanales, justo lo que le daba *Esquire* por sus colaboraciones, manejando un cupé y luchando contra el alcohol. Pintan a un hombre que paso a paso pierde dignidad. Es una especie de pillito desafortunado descrito despiadadamente. Todos los intentos que emprende para salvarse lo ahogan y lo conducen a una autocompasión y al empobrecimiento espiritual del que no logrará salvarse. No hay concesiones en beneficio de los lectores ni cariño hacia este patético y vapuleado Pat que se rasca las heridas como puede.

En gran parte de sus escritos, Fitzgerald manifestó una debilidad irredenta por los vencidos, los que acaban perdiendo apuestas vitales. *Gatsby* es el caso más notable; *Gatsby*, el contrabandista capaz de mantener una ilusión contra cualquier esperanza, el romántico que intenta escalar posiciones sociales fuera de su alcance, el dilapidador de fortunas, el amante desoiído que muere acribillado por una torpe confusión y a manos de un mecánico, mientras nadaba en su fastuosa piscina, pagando culpas ajenas y sin que su torpe romanticismo hubiera conseguido conmover el corazón de la amada ni el remordimiento del culpable. Dio tema a una espléndida, perfecta novela relativamente corta, a la cual no falta ni sobra nada. Registró la crónica de una década y puso el dedo en la conducta y en la doble moral burguesas.

William Faulkner veía en el cine una forma de ganar dinero. Fitzgerald lo consideraba, por su mayor audi-

⁸ Francis Scott Fitzgerald, *op. cit.*, p. 58. Clínica Prangins, Nyon, Suiza. Posterior a junio de 1930.

⁹ Francis Scott Fitzgerald, *op. cit.*, p. 104, Asheville, NC., 19 de septiembre de 1936.



torio, un medio para volver a su fama algo deteriorada y dejó constancia de tales intenciones en alguna carta escrita a Scottie. Se equivocó como en tantas otras cosas. En cambió, recibió dinero. Después de año y medio había colaborado en seis guiones, entre los que se cuenta curiosamente la primera versión de *Mujeres*, que se estrenó en México como *Todo sobre las mujeres* y que fue juzgada una reverenda porquería. Fue un total de dos mil cuatrocientas páginas. En opinión de sus biógrafos, sus ganancias jamás resultaron tan constantes y elevadas. No contrajo deudas, solventó las que arrastraba y además mantuvo las clínicas de Zelda y sufragó los estudios de Scottie en Vassar. Antes, en 1927, estuvo en United Artists, donde le hicieron una prueba fallida de actuación, cosa que aprovecha en *Suave es la noche*, propiciada por la actriz Louis Moran que inspiró el personaje de Rosemary Hoyt.

En su última estancia en Hollywood, conoció a Sheilah Graham, una periodista de veintiocho años abastecedora de chismes cinematográficos a periódicos del país. Él estaba escribiendo *El último magnate*, que en opinión de los entendidos lo hubiera devuelto a su puesto de honor. La historia de esta novela inconclusa transcurre a lo largo de cuatro o cinco meses. La cuenta Cecilia, una

muchacha con cualidades contradictorias, criada como princesa, hija de un productor de cine llamado Bradogue, astuto, gentil y truhán, y quien vive el ambiente del cine pero sin formar parte de él. Aparecen dos protagonistas más, Stahr y Thalía, inspirados, según el método de Fitzgerald, en personas reales: Irving Thalberg, enemigo de Louis B. Mayer, y Kathleen Moore. Los hechos se desarrollan en torno a todos ellos procurando reacciones auténticas por haberlos conocido y tratado.

Al comienzo, Fitzgerald se propuso dejar sentadas todas sus impresiones sobre Stahr, resumidas en un viaje de Nueva York a la costa y vistas por ojos de Cecilia, que está enamorada de él y sirve como narradora en primera persona. Esta voz se combina con la omnisciencia de cuanto sucede. Stahr trabaja excesivamente, “gobernado por el brillo casi luminoso de su fosforescencia”. Conoce su condición cardíaca y desoye advertencias médicas porque lo tuvo todo en la vida, salvo el privilegio de entregarse, como Gatsby, desinteresadamente a otro ser humano, aunque sobreviene un romance instantáneo, dinámico y físico con Thalía, poblado de lejanías y reconciliaciones, que se templó para lograr publicar el libro. Ahí radica la parte jugosa de la historia. Aparecen un decidido complot de Bradogue para sacar a Stahr del negocio, los consabidos arreglos y manipulaciones de éste, un accidente aéreo en que se mata y varios niños que roban los cadáveres. El conjunto acusaría las tendencias de su autor al glamour y al sentimentalismo. Las concepciones generales constituyen un escape “al pasado pródigo y romántico” del que Fitzgerald nunca se desprendió. En su edición de *El último magnate*, el crítico Edmund Wilson incluyó una extensa carta hecha para el director de novelas de *Collier's*, donde se explica detalladamente la estructura completa de la obra aún en proceso.¹⁰

Algún rompimiento momentáneo le inspiró una carta conmovedora a su amante: “Quiero morirme, Sheila, y a mi modo. Solía tener a mi hija y a mi pobre y perdida Zelda. Ahora hace más de dos años que veo tu imagen en todos lados. Déjame recordarte hasta el fin, que está muy cercano. Eres lo mejor. Vales por ti misma. Eres demasiado para un neurótico tuberculoso que solamente puede ser celoso y mezquino y perverso. Voy a pasar mi último tiempo contigo, aunque no estarás aquí. No falta mucho. Quisiera dejarte algo más de mí. Puedes quedarte con el primer capítulo de la novela y el bosquejo. No tengo dinero pero podría valer algo... Te quiero absoluta y definitivamente”.¹¹ Vivió con ella y murió en su casa el último mes de 1940. **U**

¹⁰ Francis Scott Fitzgerald, *op. cit.*, p. 126-130. Encino, California, otoño de 1939.

¹¹ Francis Scott Fitzgerald, *op. cit.*, p. 131-132. Encino, California, 2 de diciembre de 1939.



F. Scott Fitzgerald, 1937